

Padura y la historia

—• Por Enrique Saíenz •—



No puedo dejar de recordar, con más o menos precisión, en los comienzos de mi intervención aquel texto de Borges en el que un soldado viene a decirle a Julio César que la biblioteca de Alejandría estaba ardiendo. Este le responde con una frase breve: “¿Y qué?”, le dice, a lo que el soldado contesta a su vez: “Es que ahí está la memoria de la humanidad”. Y de inmediato, sin más reflexiones, añade César: “Entonces déjala que arda: esa es una memoria de infamias”. Otro autor extraordinario, Emile Cioran, lector infatigable y lúcido, poseído por un pesimismo devastador y, al mismo tiempo y por ello, irrefutable incluso desde la más penetrante racionalidad, puesto que emerge de ella, nos dice en varias ocasiones a lo largo de su obra qué es la Historia desde su propia experiencia, la del autor y la del acontecer en la sucesión de hechos y proyectos. Acaso la mejor definición que nos dio, como resumen de todos sus análisis, es esta: “La historia es una masacre”, consecuencia última de lo que sabemos y no sabemos desde la aparición del primer ser humano, cualquiera que sea nuestra posición ante el fenómeno de la irrupción de vida inteligente: la aceptación del relato del *Génesis* o la de las conclusiones a las que llegó Darwin, cuyo destino ulterior, a la luz de la ciencia actual, desconozco. A partir de ahí, de esa tesis sin concesiones, despliega el ensayista sus criterios, entre ellos el de considerar que nuestro tiempo no es más que un ensayo general del fin de las Eras, de la hecatombe definitiva, el término de un devenir que desde sus inicios ya venía enfermo.

Partiendo de esa perspectiva, en la que tanto significado tienen los hechos de la macro historia cuanto los de las vidas personales, no hay salida hacia otra

realidad, hacia otro destino. Podríamos pensar que Cioran no veía más allá de los registros conocidos del acontecer, pero realmente no tenía otros para emitir sus juicios. Tanto valen, entonces, los enormes tratados de los historiadores como los documentos desconocidos de una provincia cualquiera sin relieve, de ahí que muchos profesionales se dediquen a indagar los hechos de pequeños pueblos para ir conformando el devenir de un país, constituido por acciones que nos involucran a todos y por aquellas que en apariencia no repercuten en esa totalidad que llamamos una nación. Cioran insiste en que las memorias de miembros de una sociedad nos revelan una historia que los grandes estudios no nos muestran, marcados como están por intereses espurios, los del vencedor, mientras que los relatos de las vidas individuales abren puertas que dejan ver conductas desconocidas y en perfecta armonía con políticas invasoras, con crímenes y represiones de gran envergadura. Diríamos que en esos relatos están los orígenes de lo que nos dicen los historiadores en sus monografías, en aquellos está el germen, la semilla de lo que viene después. Pero desde luego, no todo en la sucesión de los hechos privados o nacionales es horror y sangre, tinieblas y sufrimiento: ahí están los extraordinarios hechos liberadores y los saltos hacia progresos insospechados en períodos no tan lejanos, ahí están igualmente las leyes justas que han venido a transformar prácticas y a rescatar a las personas de los procedimientos represivos en que han vivido. Sirvan como ejemplos mayores la derrota del fascismo en 1945 y el cese de los campos de trabajo forzado y los crímenes del estalinismo. No hay que olvidar, sin embargo,

cuánto costó alcanzar esos triunfos después de años ciertamente brutales.

Creo que *La novela de mi vida*, excelente narración que nos da muchos elementos para comprender el país en el que nacimos y vivimos, es una espléndida crónica de quiénes somos. Desde sus páginas comprendemos que la Historia es implacable, nos persigue siempre con los mismos argumentos, por causas similares, cualquiera que sea nuestra condición social. Los tres tiempos en los que se desenvuelve la acción nos dicen que la esencia de ese devenir es inmutable en su más profunda naturaleza. Esa inmutabilidad no solo se expresa en la similitud de los conflictos, sino también en la diversidad de los personajes que los padecen: un poeta de gran talla de nuestro siglo XIX y un grupo de graduados universitarios de la segunda mitad del siglo XX en Cuba, cuyas vidas fueron al fracaso por las intolerancias de un régimen socio-político que sustituyó al pasado reciente y a la sociedad colonialista que antecedió a este. Esos personajes conviven en la novela con otros muy menores en la economía del texto, pero fundamentales en el desenvolvimiento del acontecer por sus actuaciones, mediante las cuales definen el ser profundo de la historia nacional y, con ella, de la historia universal. La autoridad y sus colaboradores, los amigos cercanos y los funcionarios durante el período colonial, decidieron los caminos del poeta Heredia de la misma manera que los del joven que emigró en la actualidad de la narración porque se le tornó irrespirable el entorno, sin porvenir, amargamente extraño.

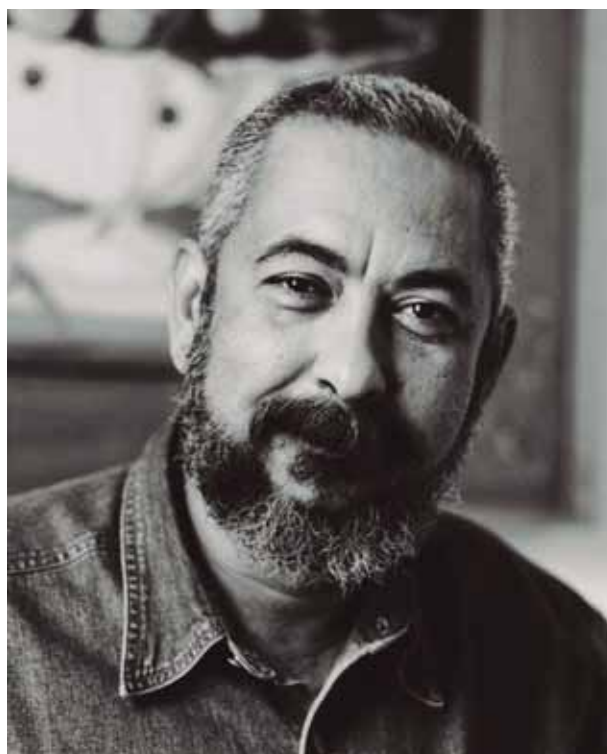
En estas páginas vemos al ser humano con sus miserias y dolores, sus sueños truncados y su desolación. Esa es una historia personal, pero no diferente, en lo profundo, de la que nos atañe a todos, pues es también nuestra historia íntima y la misma que aquella mayor en sus dimensiones y su repercusión, con la ventaja de que en esta que Padura nos relata acontecen hechos que nos revelan quiénes podemos llegar a ser en ciertos contextos, como sucede con las memorias, donde se nos entregan conductas engañosas y desconocidas por los historiadores.

Todo novelista de calidad, y ese es el caso de Padura, tiene la posibilidad de llegar a caracterizaciones que, aunque no emerjan de hechos necesariamente reales, nos aleccionan en tanto se trata de probabilidades que se convierten en acontecimientos concretos en ciertas circunstancias, nada lejanas por cierto si tenemos en cuenta lo que hemos visto desde hace siglos hasta hoy. Las descripciones que acompañan a la caracterización que el autor hace de los amigos de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana están armoniosamente imbricadas en tanto nos ponen de manifiesto la doble vertiente por la que se desplazan las consecuencias del proceder de los políticos que trazan los lineamientos fundamentales de la vida nacional. Los diálogos, el entorno en el que se mueven esos amigos –matizado por la pobreza material y espiritual–, la endeble esperanza que los animaba en el pasado reciente y que poco a poco va marchitándose, como muy bien ha evidenciado el narrador en esas páginas, tienen causas diversas, de orden interno y de orden externo, pues el país forma parte de una dilatada historia de dependencia que la transformación social que se inició en 1959 no puede superar por el subdesarrollo nacional y la antítesis que desde esa fecha se estableció entre Cuba y los Estados Unidos, poderoso país visceralmente enemigo de la nueva sociedad que se iniciaba en Cuba.

Tanto Heredia como esos jóvenes universitarios de nuestra época fueron constreñidos por la Historia de sus respectivos momentos, no por circunstancias más o menos efímeras o determinadas por funcionarios o prácticas inusuales que por juego del azar les tocaron en suerte. Hay una constante muy visible: la capacidad de dominio del Poder sobre el individuo, los seres humanos, seres políticos por excelencia, viviendo la vida como la quieren otros y sin poder fraguarse sus propios destinos como teóricamente podrían realizarse, porque otros han adoptado una línea socio-política que no deja mucho margen a la gestión personal. Pero la Historia, siempre actuante sobre todos en una u otra medida y en todas partes, trabaja no

solo en los planos factuales: económicos, culturales, familiares, sino además en el plano psicológico en la medida en que nos moldea y nos obliga a reconstruir, desde ciertos presupuestos, nuestra relación con los demás y con la propia proyección del futuro. El miedo entra en escena y se torna una fuerza decisiva que nos limita grandemente. Esos manejos internos de la vida política tienen un peso enorme en el decurso de la Historia.

En un libro de primer orden, *La ruina de Kash* (1982), va exponiendo su autor, el ensayista italiano Roberto Calasso, con una penetración incomparable, los pliegues ocultos de esa terrible trama que a veces alcanza dimensiones trágicas y otras incómodas decisiones para los ciudadanos, y lo hace en un riguroso y detenido análisis de la figura de Talleyrand, sombrío y a la vez lúcido artífice de la política francesa de finales del siglo XVIII y los primeros veinticinco años del XIX. Ahí vemos la imponente ramificación de la rectoría estatal en las decisiones nacionales y más allá de sus fronteras. Ese funcionario, brillante y tortuoso, sostenía diálogos con Napoleón que nos revelan cuan sutiles son en muchas ocasiones las maneras de influir en grandes mandatarios, sin contar las decisiones que toman ellos por sí mismos, desde sus incólumes e inaccesibles posiciones de Poder. Eso hallamos asimismo en la vida de Heredia que nos relata Padura, con la diferencia de que las normas legales que acosaron a nuestro poeta estaban afianzadas en una secularidad que no necesitaba una mente brillante para ponerlas a funcionar, bastaba solo con un ánimo dispuesto a oprimir y perseguir para que se cumplieran las disposiciones establecidas. La conversación de Heredia con el Poder es una magnífica lección de Historia que los lectores disfrutamos grandemente. De similar manera, los jóvenes amigos habaneros, controlados por las autoridades y los lineamientos jurídicos que permitían poner a funcionar medidas coercitivas, se vieron constreñidos a organizar sus vidas de un modo que no era el deseado. Cuando sobrevienen cambios radicales, a las



inseguridades propias de cualquier sociedad se añaden entonces las que trae el nuevo régimen socio-político, distinto del que rige en otras naciones con lineamientos de otro signo.

En *La novela de mi vida* asistimos a dos etapas de la vida nacional separadas por más de una centuria y bajo condiciones políticas muy diferentes: la dominación española y una constitución de signo socialista, ya liberado el país de la dependencia neocolonial. La situación y las vivencias de Heredia eran muy graves en semejante contexto, pues la corona estaba rotundamente negada a reconocer los derechos de independencia de sus posesiones de ultramar, y los naturales de estas tenían que someterse forzosamente a los dictados de la metrópoli, implacable hasta la condena a muerte cuando se tomaba el partido de la rebeldía. En la Cuba de las últimas décadas, el ejercicio del Poder se ha realizado de otra manera, sin esas medidas extremas. Un ejemplo elocuente de un escritor en aquella Cuba colonial: el caso de Julián del Casal, hastiado de una vida que lo obligaba a refugiarse en el arte, más allá incluso de escuelas literarias, y que mucho

tenía que ver con esa condición de dependencia económica y social que alimentó las ansias de libertad de sus coetáneos. Si Padura escribiese un día una novela con Casal como personaje clave, haría una obra de profundo contenido histórico, como resultó la que ahora comentamos con Heredia y Domingo del Monte, ese escritor con dobleces, miedos y conductas despreciables ante el candoroso y limpio amigo de comportamiento rebelde y honesto, genuino amante de la libertad como buen romántico, de sensibilidad fácilmente vulnerable.

Cuando nos acercamos a *El hombre que amaba a los perros* y a *Herejes*, dos novelas macizas y muy bien elaboradas, con un tejido que mucho nos admira en la medida que va dando cuerpo a personas, experiencias, tradiciones, espacios, temores, alegrías, recuerdos, en fin, a todo un mundo de altas y bajas en el tránsito de los sucesivos períodos vitales de sus personajes, nos ponemos frente a una realidad aterradora por los sórdidos hechos que se van desarrollando en sus páginas y en especial en las caracterizaciones de los hombres y mujeres que dan vida a la trama, en la primera verdaderos paradigmas de un ciego fanatismo que emerge de situaciones históricas que podemos considerar límites. Stalin, moviéndose oscuramente detrás de esas personas, fue un conductor siniestro cuyo proceder desde posiciones de poder fue literalmente devastador en su propio país y decidió la muerte masiva de compatriotas por las más diversas causas, mientras sus partidarios en diferentes naciones sentían por él una admiración inconcebible aún después que se hicieron públicas las atrocidades cometidas bajo sus órdenes. La ficción es innecesaria para dar la magnitud de ese genocidio, bastaba con ajustarse a los hechos rigurosamente históricos para alcanzar las reales dimensiones de esa pesadilla. Padura logra en esa novela una obra literaria que ciertamente nos conmociona, no solo por el crimen en sí mismo, cometido en la persona de Trotsky, sino además por la disposición del ser humano para servir de ejecutor de semejantes proyectos, para ponerse

al servicio de tales monstruosidades con un ánimo a prueba de cualquier llamado de la más elemental ética. Ese libro es no solo una magnífica novela, sino además una lección de Historia, una lección acerca de nuestras capacidades para el fanatismo y la más ciega barbarie. Después de leerla vuelve a nuestra memoria la tesis de Cioran y confirmamos la condición profundamente trágica de nuestra época, contra la cual la ciencia no ha podido lograr una solución reconfortante.

En *Herejes* hallamos acontecimientos que nos hablan directamente y sin edulcoramientos del papel devastador que desempeña la Historia en nuestra vida cotidiana, primero en aquellos esbirros y políticos corrompidos que asesinan y trafican con las vidas de las personas, y más tarde en una sociedad diferente, pero que también determina el modo de vivir y las crisis personales y colectivas por las que tiene que pasar el individuo, subordinado a las normas establecidas que buscan la materialización de ciertos ideales. En todos los casos, tanto en el de los hombres y mujeres que siguen los dictámenes de sus superiores como en los de aquellos que son víctimas de esos horrores, la existencia está regida por otros, se decide más allá de la propia persona que ejecuta o que sufre la Historia. Ramón Mercader y Trotsky, Daniel Kaminsky y el ex-policía Conde están sometidos a un destino que no escogieron y que no prefirieron, sin importar la dosis de azar que hay en toda elección. Las vidas que conforman *Herejes* atraviesan etapas en las que desempeñan papeles en los que han sido utilizados por fuerzas que los rebasan, entre ellas el peso enorme de tradiciones y creencias religiosas que también están presentes en los individuos y en la sociedad. Estos relatos se desplazan en el tiempo y nos evidencian cómo el suceder es una constante que tiene escasas diferencias, nos evidencian que todo en efecto cambia, pero dentro de ciertas constantes. El pasado nos alcanza en una u otra medida, nos moldea para bien o para mal, nos lleva y nos trae como si fuésemos marionetas, con muy poca libertad real. Estamos sometidos a dictá-

menes superiores, en unos casos de orden metafísico y en otros casos de orden político-social, de manera que el relato de nuestras vidas es también el relato de nuestra subordinación. Estas no son novelas de paisajes ni de aventuras románticas, de búsquedas de una verdad más o menos trascendente o de dramas de sus personajes frente a las grandes problemáticas de la vida espiritual, sino narraciones de nuestros diálogos y batallas con la Historia, en las que somos víctimas o victimarios, lucha implacable que el narrador maneja con singular maestría en la integración de los caracteres y en las descripciones de los hechos que se ejecutan. En sus restantes novelas la Historia está presente como un trasfondo de un peso mucho menor, la dependencia de los individuos no alcanza en ellas la significación que tiene en estas tres, sobre todo en su dimensión emocional, porque acaso la más honda

repercusión del acontecer y de la política en los personajes de estos últimos títulos esté en sus rasgos psicológicos, en las transformaciones que han sufrido en su conducta, en su cosmovisión, en el vacío en el que se han sumergido a lo largo de los años. Esos amigos que se reúnen, tanto en *La novela de mi vida* como en *Herejes*, a beber y a conversar de sus recuerdos y experiencias pasadas, fueron deformados lentamente hasta llegar a la frustración que en buena medida los conduce a escapar en el alcohol, a buscar en su soledad los espacios de regocijo que fueron perdiendo.

Conferencia impartida en un ciclo sobre la obra de Leonardo Padura que se llevó a cabo en septiembre de 2014 en La Anunciata, de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, de La Habana

